



## EL ORIGEN SOCIAL DE LOS VALORES

por el Q.: H.: Martín Faunes Amigo

Chile

### I – INTRODUCCIÓN

**A** FIN DE introducir este trabajo, que da luces en torno al origen de los valores, cuyo cultivo representa el fin último de nuestra orden, consideramos al principio como una buena opción el referirnos al llamado “súper yo”, sabio rector del bien y el mal que, diciéndonos “cómo deberíamos ser y cómo deberíamos proceder para ser como se supone que debiéramos ser”, se convierte en un actor indispensable para transformar a nuestra bestia interna conocida como “ello”, en el yo humano, único e irrepetible, y que cual más cual menos, será respetuoso de las leyes, tolerante, amoroso, comprensivo, nutricio, buen padre, buen hijo, buen esposo, buen amigo; en otras palabras, en un ser social que también, en distintos grados asumirá y respetará valores sociales respondiendo a mandatos de su cultura. Considerábamos lo expuesto, repito, como un buen comienzo y, de haberlo escogido, habríamos definido a ese súper yo freudiano como un modelo que llevamos en la mente y que, depositario de los valores sociales, es quien actúa como salva guardador de éstos. Sin embargo, entendiendo que estábamos ante un tema amplio y con innumerables ramificaciones y, que además es de primera importancia para nuestra orden, ética por excelencia, quisimos realizar esta introducción de una manera más lúdica. Recurrimos para eso a Hans Ruesch en su novela “País de las sombras largas”; y esto porque si bien allí nada se dice de cómo se originan los valores, resulta interesante cuando nos muestra cómo éstos, a pesar de su tendencia universal, las particularidades y los énfasis con que ellos se observan, son resultado de las experiencias que marcan a los hombres durante su desarrollo dentro de sus culturas; realidad que en muchos de los casos será distinta.

En la novela citada se narra la historia de una muchacha esquimal que es embarazada durante el sueño por un sacerdote blanco, ella sin embargo, miembro de una cultura que está siendo sometida a un proceso evangelizador, cree que ha sido dios quien se ha hecho presente mientras dormía y le dio su hijo. El sacerdote, padre real de la criatura, escapa por temor a ser castigado por el padre de la muchacha y es relevado por otro, al cual, el padre esquimal, de acuerdo a las costumbres de su cultura, le ofrece a su mejor mujer para que pase la noche grato y caliente en el iglú. El sacerdote rechaza esto por considerarlo lujurioso y el esquimal malentende el gesto ofendiéndose. Sobreviene una disputa que acaba con el esquimal golpeando la cabeza del sacerdote en el hielo (usanza común entre esquimales) y termina asesinando al recién llegado,

estando lejos de su intención hacerlo. El siguiente es el diálogo entre la hija de ese esquimal asesino y prófugo de la justicia de los blancos, supuesta “madre de un hijo de dios”, con un sabio curandero que la aconseja. Lo reproducimos aquí por lo aclaratorio que para este trabajo resulta:

*-A aquel que sea el mejor cazador de la aldea, ve y dile: "hombre, prepara tu trineo, que nos vamos al norte. Esta muchacha te trae como dote a un hijo varón, asará tu carne, te coserá los trajes y reirá contigo durante las noches largas hasta que te lagrimeen los ojos"*

*-Seguiría tu consejo, curandero. Pero, puesto que el que tengo es el hijo de dios, él tendrá que llegar a ser el nuevo redentor, así que dedicaré por eso mi vida a instruirlo para que lleve la verdad al corazón de los hombres, incluso al tuyo que no crees en dios.*

*-Pero si el curandero cree en los dioses... el mundo es grande y muchas son las tribus que cazan, pescan y pecan, por eso hacen falta muchos dioses, uno solo no podría enmendarlas.*

*-Pero curandero, el sacerdote repitió mil veces que hay un solo dios.*

*-Escuché eso, pero tú no lo creas, muchacha. Los blancos son gente presuntuosa. Por eso tienen la desfachatez de afirmar que existe un sólo dios (naturalmente el de ellos), y que ese dios ha de echar a todos los otros. Pero eso no es así, muchacha, aunque sería descortés y peligroso contradecirlos. Si alguien obra o piensa de manera distinta a la de ellos lo consideran pecador. ¿Sabes por qué prohíben a un hombre tener a muchas mujeres y a una mujer tener muchos maridos? Porque ellos no serían capaces de tratar con equidad a distintos maridos y a distintas mujeres, y esto acarrearía celos, litigios y muertes. He oído que cuando un blanco toma prestada a la mujer de otro lo hace a escondidas y sin pedir permiso... ¿Cómo puedes imaginarte que el dios de gente así tan villana pueda hacerte feliz y darte tranquilidad? Cada tribu tiene el dios que se merece y está hecho a imagen de quien cree en él. Así, la gente estúpida tiene un dios estúpido. Los inteligentes tienen un dios inteligente. Los buenos, un dios bueno, los malos, uno malo. El dios de los hombres blancos es un dios terrible, celoso y vengativo, porque los blancos son gente terrible, celosa y vengativa. La religión del blanco está hecha expresamente para poner diques a la maldad de gente muy mala que tiene gran miedo de morir. Su amor a dios se funda sólo en el miedo a la muerte.*

Hasta aquí este diálogo. Cabe reiterar, que el esquimal padre de esta muchacha, por haber dado muerte al sacerdote, es sometido a una cacería despiadada de parte de los hombres blancos, alentada evidentemente por los colegas del sacerdote asesinado, hasta que el “salvaje inocente” es apresado y juzgado con cargos de asesinato que jamás llegará a comprender, ya que se le enjuicia bajo leyes creadas al respaldo de valores cuyos énfasis poco tienen que ver con los que reconoce el esquimal, porque poco tienen que ver con los que han observado sus ancestros. Es destacable que en la cacería de este asesino, será el propio imputado quien salvará a sus perseguidores cuando se quiebra el hielo; a pesar de lo cual los perseguidores persistirán en su afán por encarcelarlo.

## II – DESARROLLO

Los valores nacen en la prehistoria como respuesta a inquietudes naturales de las personas a fin de ajustar las conductas a ciertos modos de vida que, tras consolidarse en los primeros clanes y tribus, empiezan a transmitirse a través de las generaciones. Algunas notas importantes a destacar sobre los valores son entre otras, que ellos no son, no tienen realidad, no tienen ser, simplemente los valores valen. Por otra parte, ligado al súper yo, el fenómeno de la moral es netamente humano, ya que el individuo a través de su conciencia, percibe la diferencia entre sus propias acciones, calificándolas de buenas o malas y las confronta con el mundo de valores.

Se puede conceptualizar, además, que el comportamiento de un individuo se debe a cuatro factores. El primero a la coerción, segundo al hábito, costumbre y convención, el tercero al capricho o simple apetencia, el cuarto se halla en la decisión consciente fruto del libre albedrío y razonada, libre de pasión, prejuicios y disfunciones de la conciencia. Si no hay libre albedrío, no hay elección de bien o mal. Esto quiere decir que no porque un delincuente no pueda delinquir al estar preso, se ha convertido necesariamente en una buena persona. Los valores, finalmente, son jerárquicos, tanto a nivel individual como social los valores se organizan de tal forma que se puede identificar una escala de valores particulares para una persona o grupo. Para Platón el valor principal era la idea suprema de dios, como el sol en el mito de la caverna ilumina a todas las demás.

Los valores, si bien a través de las generaciones, se conservarán en lo sustantivo, se podrá observar, entre las diferentes culturas, comportamientos o énfasis desiguales frente a los mismos valores. Esto queda de manifiesto en el texto que nos ha servido de introducción: una confrontación entre dos cosmovisiones distintas, esto es, entre dos maneras diferentes de sentir la vida y vivirla. Este texto también denota que cuando miembros de una cultura invasora intentan imponer sus propios énfasis por sobre los que se han madurado en otras culturas, si éstos no son congruentes, los dominados difícilmente adquirirán esta nueva manera de considerar el valor, apreciándose en ellos conductas que se considerarán trasgresoras y por tanto condenables. Así ocurre en el caso de la cultura esquimal donde el aspecto de la fidelidad resaltado por la cultura judío-cristiana, y también en el concepto de pareja monogámica, no responde a la cosmovisión esquimal; lo cual no significa que el valor de la fidelidad o la lealtad en la vida en pareja no exista entre esquimales, y ello, aunque con un énfasis distinto, se manifiesta cuando el curandero sabio deja entrever a la muchacha que un hombre puede estar con la mujer de otro, pero debe pedir permiso para ello. También, dentro del concepto de lealtad, el énfasis en ella demostrado por el esquimal al salvar a quienes lo persiguen, resulta bastante desusada –aún para nosotros- cuando el valor de proteger la vida lo fuerza a salvar las de quienes podrían dañarlo. Se nota también que el valor de la lealtad, de parte de los hombres blancos, es distinto cuando respetan a carta cabal leyes de su cultura optando por entregar al esquimal a la justicia a pesar de que él haya salvado sus vidas.

Otro aspecto interesante a destacar, se refiere a la importancia que se acostumbra a dar en la sociedad occidental a la paternidad como valor relacionado con la lealtad entre parejas. Hablamos de un valor que en la cultura esquimal posee otra connotación, ello se observa cuando el sabio curandero aconseja a la muchacha que ofrezca como dote a su hijo para que un cazador la despose, siendo así este hijo un

valor agregado para ella. En nuestra cultura en cambio, parecida a la de los hombres blancos de la novela, una mujer con un hijo está en clara desventaja, si se quisiera casar con alguien que no fuera el padre de su hijo.

Pero más allá de los énfasis en los valores, llamados por algunos autores "adjetivos, desde las diferentes culturas han surgido valores que coinciden y son aceptados por grupos de culturas diferentes para irse consolidando hasta tomar un carácter universal, un camino que no es breve, ni simple. Deben haber surgido en diferentes culturas y aceptados por un grupo importante de ellas, ya sea por migraciones pacíficas o por conquistas. Así, se puede decir que a nuestra cultura autóctona, diaguita, quechua, atacameña, aymara, mapuche, pehuenche, huilliche, kawéscar, selknam y yagana, le fue impuesta otra que con una cosmovisión diferente y valores que no necesariamente eran los nuestros, o donde no necesariamente coincidían los énfasis. A partir de Colón, nuestra cultura se fue volviendo mestiza y nadie duda que hoy responda más bien a claves de la cultura llamada occidental.

Los énfasis en los valores pueden variar también dependiendo de las circunstancias sociales que se presenten, pudiéndoseles así relativizar dentro de un amplio abanico, de acuerdo a las modalidades y circunstancias imperantes en cada sociedad y momentos históricos. Un país en guerra, por ejemplo, valora de manera muy distinta a la vida humana que el propio país en tiempos de paz.

Los valores están presentes en el organismo, la personalidad, la sociedad y la cultura humana. Ellos no son normas de conducta porque éstas son reglas de comportamiento. El termino valor no lo poseen los objetos en sí, si no que éstos lo adquieren gracias a su relación con el ser social. Todos los seres humanos, independiente del grado cultural y de civilización, poseemos un sentido ético o moral que está ligado a los actos voluntarios pues somos capaces de calificarlos como buenos o malos. Las virtudes éticas se refieren especialmente a la actitud moral. Los valores éticos no son los bienes si no los de las personas y sus actos. No residen en las cosas sino en la voluntad, las intenciones y los propósitos. Las virtudes prácticas corresponden a la ejecución de la conducta y sirven para vencer las contingencias y obstáculos de la vida.

Según Lawrence Kohlberg, los valores éticos, así como las virtudes, son cualidades, condiciones o estándares que son deseables y que coinciden con las nociones que tenemos sobre lo que es justo y bueno, y tienen la capacidad de multiplicarse y aumentar cuando se poseen. Existen dos posiciones respecto al origen de los valores: la posición subjetivista, que podríamos resumir como "los valores son inventados por las personas y, por tanto, son diferentes según los lugares o las épocas". Y la posición objetivista que afirma que "los valores más importantes deben ser los mismos en todos los lugares y en todos los tiempos, porque forman parte de la naturaleza humana".

Kohlberg, quien coincide en esto con Jean Piaget, nos hace ver que en el desarrollo valórico se observan tres etapas, moral preconvenicional, moral convencional y moral postconvenicional. En la primera, preconvenicional, que empieza desde los ocho años la premisa es "buenas acciones implica buenos resultados", la motivación es entonces, evitar castigos y ganar premios. En la segunda, convencional, que empieza desde los doce, se observa un mantenimiento del orden social, o sea, se siguen reglas estatuidas por otros y se toma conciencia de que se puede beneficiar o perjudicar a otros. Es en esta etapa donde surgen conductas tales como la empatía y se destacan

además los sentimientos, acuerdos y expectativas compartidas. Lo justo es vivir de acuerdo a lo que las personas esperan.

En la tercera, postconvencional, las reglas pueden cambiarse, basándose la acción de manera principal en valores y principios morales y éticos de carácter universal. En esta etapa se parte de una perspectiva previa a la social: la de una persona racional con valores y derechos anteriores a cualquier pacto o vínculo. Se toma en consideración la perspectiva moral y la jurídica, destacándose sus diferencias y encontrándose muchas veces difícil conciliarlas. Lo justo consiste en ser consciente de la diversidad de valores y opiniones y de su origen relativo a las características propias de cada grupo e individuo. Consiste también en respetar las reglas para asegurar la imparcialidad y el mantenimiento del contrato social. Se suele considerar una excepción por encima del contrato social en caso de valores y derechos como la vida y la libertad que se ven como absolutos y deben, por tanto, respetarse en cualquier sociedad, incluso a pesar de la opinión mayoritaria.

Con respecto al origen de los valores, Homero ya reconocía un valor fundamental, el de la hospitalidad. El delito, la gran afrenta cometida por Paris es, en efecto, vulnerar aquella virtud que distinguía al pueblo griego. De ello sigue la guerra de Troya, una guerra considerada por los mismos griegos como justa, pues es fruto de la afrenta cometida y de la necesidad de restaurar el orden. En ella como escenario, Homero, nos presenta la virtud guerrera o heroica, figurando ésta entre las primeras manifestaciones valóricas que conocemos de la sociedad helénica. Se trata de un mundo de la guerra y de los héroes con una serie de valores que quedarán inscritos en la mentalidad occidental, la mayoría de ellos encarnados en el heroísmo como las leyes de Licurgo en Esparta que proscribían el llanto de las mujeres que habían perdido hijos en la guerra, ya que la ciudad debía celebrar la muerte gloriosa de sus miembros. El mismo legislador condenaba a la mujer adúltera, pero la absolvía cuando el adulterio era cometido con alguien que fuera mejor guerrero que su marido, porque la ciudad se vería poblada con hombres más virtuosos en dicho arte.

Interesante resulta conocer cómo los valores referidos a la familia se han ido forjando. En Roma la familia abarcaba hasta seis generaciones y era una unidad de producción donde el padre de familia, para mantener la unidad de ese patrimonio, se transforma en el único miembro que ostenta capacidad de actuar en el mundo público y en el dueño, no sólo de los bienes que componen dicho patrimonio, sino también de las personas. Todo este conjunto, a su vez, está sumergido en la mística de los dioses o antepasados. En la familia y su religión está puesta la esperanza de trascendencia del hombre antiguo, de ahí que la individualidad sea constantemente aplastada por lo colectivo. El abandono de los neonatos que para nosotros representa una connotación horrible, tenía su fundamento en la misma cuestión: el padre que no quería disolver su patrimonio entre muchos hijos o que no poseía lo suficiente como para mantener a una familia numerosa, dejaba abandonado al niño a su suerte, generalmente la muerte.

Es en Roma, durante la revolución individualista a finales de la república, que la tendencia a terminar con la sumisión del individuo comienza a invertirse: los estoicos cambiaron el concepto de fidelidad de pareja extendiéndolo como obligación también a los hombres. Hasta entonces la fidelidad servía sólo para impedir que se integraran elementos extraños en la familia, fruto del adulterio femenino. Por tanto la fidelidad competía sólo a la mujer. El estoicismo propone que el marido también deba ser fiel, ello representa un cambio en la moral sexual, de una, basada en el

sometimiento, a otra, fundada sobre una relación de igualdad. En efecto, en Roma más que en Grecia, lo sexual tenía que ver con el sometimiento. Era una moral sexual viril y jerárquica: un ciudadano podía tener relaciones con una esclava, con una mujer de su misma categoría, con un esclavo, siempre y cuando ocupara el lugar dominante. Lo contrario, es decir, el sometimiento de un ciudadano para ser utilizado para satisfacción de un inferior traía consigo la ignominia. El cambio que trajo consigo la revolución espiritual del siglo II A.C. generó una mudanza profunda en la moral sexual. Los antiguos no contaban con el concepto de orientación hétero u homosexual. A partir de esta época se pasa a una moral heterosexual orientada a la reproducción. Nos acercamos a la moral cristiana.

Visto así, la generación de estos valores parece a veces fruto de pensamientos filosóficos, como el de los estoicos, y en otras del simple desarrollo de instintos primitivos que, en una sociedad compleja pueden vestirse de religión, rito y múltiples explicaciones. Además, la mayoría de estos valores morales surgen de manera más o menos espontánea como engranajes sociales que llevan a generar determinadas convicciones valóricas. Desde una mirada escéptica, las más elementales de ellas se ven enriquecidas o se les suman otras de mayor complejidad junto a la religión, la filosofía, la mitología y, en muchos casos, a conductas que responden a un interés práctico, como en los ejemplos citados.

Cabe hacer notar que este ir y venir de concepciones valóricas se ha dado en el ámbito de aquellos valores no básicos o que tendemos a considerar menos ligados a cuestiones instintivas o primitivas. En éstos últimos, en cambio, la alteración es menor. Así, entendemos que el homicidio, el incesto, la violencia sobre otro, el robo, etc., son malos o al menos no deseables. Estos valores que son fácilmente deducibles de características propias del instinto humano, tienden tradicionalmente y por regla general a considerarse naturales, más aún cuando usualmente han sido aceptados por todas las culturas.

Al nacer los valores surge la idea de justicia, que responde a la necesidad de castigar a aquel que viole, infrinja, vulnere o atente con los valores dados y aceptados por la comunidad. Valor jurídico es todo aquello que está protegido por la ley, por lo que también se denominan bienes jurídicos protegidos o tutelados entre los que encontramos: la libertad de pensamiento, de religión o credo, de expresión, de tránsito, el derecho a la vida, a la integridad corporal, a la salud y educación, etc. y, según una doctrina no menor, lo es también la justicia misma. El tema de la justicia como el valor o exigencia ético-jurídica por excelencia implica el cuestionamiento o análisis ético del derecho y nos introduce a su tercera dimensión, la axiología. La justicia, además del valor que tiene la sola presencia del derecho en la sociedad al ordenar las conductas sociales y propiciar seguridad e igualdad jurídicas, es además portador y garante de otros valores superiores en función de los cuales, precisamente, ordena, asegura e iguala.

El siglo XX ha traído consigo un movimiento permanente en los valores que reinan, donde la preponderancia en occidente del modelo de libre mercado, las guerras y las crisis económicas han llevado a los individuos a modificar su selección de valores prioritarios para la modelación de su conducta de acuerdo a las diversas coyunturas. Sin embargo, la más grande revolución valórica se ha producido con la introducción y desarrollo de los medios de comunicación de masa. A diferencia del siglo XIX en que cada estado estructuraba "puertas adentro" y bajo el alero de filósofos, con la llegada

de los medios masivos la reflexión sobre los valores se volvió más pública y fue difundida masivamente, homologándose la mirada valórica a través de la información emitida por los medios, generando la formación de esa gran voz denominada “opinión pública”. Los mensajes empezaron a traspasar fronteras y se produjo un “contagio” de los valores de un país a otro a través de los modelos exhibidos por sus programas.

Mc Dowell y Hostetler (1996) señalan que los jóvenes norteamericanos no tienen personas que consideren ejemplos a imitar y pasan 28 veces más de tiempo con sus ídolos de la TV que con sus padres. Dato que da indicios de un rasgo de estructural importancia en la formación de valores de la sociedad actual. A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, los padres eran los principales formadores valóricos de los individuos. De ahí la importancia de entender el impacto de los medios en el análisis de las sociedades hoy.

Con la llegada de Internet, las barreras entre países cayeron mucho más, dando paso a una mirada globalizada. Si bien uno de los primeros movimientos que surgieron con la globalización fue el renacimiento de los valores nacionalistas, este manifiesto de identidad local de cara al mundo global ha sido hasta ahora parte de una lista compleja de nuevos valores comunes y globales que reinan en esta nueva nación compuesta de individuos conectados. La tolerancia a la diversidad y el respeto por el medio ambiente son algunos de los nuevos valores de referencia para estos ciudadanos. Sin embargo, más allá de este “planeta globalizado” existe otro planeta mucho mayor, desconectado: sólo el 24.7% de la población mundial tiene acceso a Internet. Y allí, en Internet, la información, entre otras cosas plantea que si Chile no crece a una tasa superior al 4%, habrá problemas de estabilidad social por falta de fuentes de trabajo y, en el mediano plazo no existiría la posibilidad de mantener la protección social. Comenzaría así un “canibalismo” donde empresas grandes se comerían a las pequeñas y cierta parte de la población desearía adueñarse de lo ajeno. Se generaría entonces odio y detrimento de la sociedad. Por otra parte, para crecer a estas tasas, se necesita inversión y la intervención de otros factores económicos, además de la exportación de materias primas y del consumo masivo de la población nacional e internacional, la que tendría un mayor poder adquisitivo para comprar cosas “valiosas”; de ésta forma el país crecería, existiría desarrollo y un mejor nivel de vida de la población. Claro que crecer a esas tasas implica mayor consumo de energía y agua, mayores oleoductos, tendidos eléctricos, puertos, carreteras, mayor exportación del sector minero, del mar y silvoagropecuario. En resumen, mayor nivel de contaminación y deterioro del planeta. Note que la mayoría de las industrias no poseen sistemas de producción limpios y contaminan el agua. En India el salario rural es de un Euro al día y un litro de agua cuesta 0,15 euros, es decir, los pobres trabajarían sólo para beber agua limpia. Sin agua, leña y pastos para el ganado los pobres se mueren. Así, si los pobres protestan no es porque sean ecologistas, sino porque necesitan de la naturaleza.

Hay otras corrientes que proponen que el mundo estaría mejor con la mitad de los miles de millones de personas que hoy somos en el mundo, aunque esto sea contra indicado para el modelo de crecimiento y consumo occidental. Otros muchos, para salir de la actual crisis, proponen regresar al modelo de Keynes, otros a un “Keynesianismo verde” que aumente la inversión pública en la conservación de la energía y en la producción del agua, entre otros. Por supuesto, al ir hacia un decrecimiento económico se va contra el empleo y el consumo. Los opositores a esta idea entonces preguntan ¿quién paga los créditos, las hipotecas, la deuda pública? Y la

respuesta es nadie, porque no se puede forzar a la economía y a la naturaleza a crecer a un interés compuesto. Los problemas planteados recuerdan a nuestro pavimento mosaico, una situación bipolar, planteamientos polares, una sociedad dual, donde cada uno de ellos es complementario del otro, se muestra el valor y el contra valor de las ideas y probables esquemas de desarrollo.

Pero no estaría completa esta plancha si no dedicáramos algunas líneas a al menos algunos de los valores que nos importan más a los masones y representan el fin último de nuestra orden, cual es el perfeccionamiento individual y, a partir de él, el de la humanidad, tratando de cambiar al mundo hacia lo fraternal y tolerante. Así, la honradez, valor que prohíbe al individuo apoderarse de los bienes ajenos, más allá de esta esfera económica, también se aplica a la observancia de una conducta apegada al deber. La honradez incluye el respeto por los compromisos y el no abuso de la confianza que otros depositan en uno.

La bondad, virtud por antonomasia, valor supremo de la conducta, es el ejecutar el deber, por tanto el hombre bondadoso realiza en actos sus convicciones manteniendo una insobornable lealtad consigo mismo y con el prójimo. El hombre bueno cumple con su deber por respeto a sí mismo y a la humanidad.

La solidaridad es la voluntad de ayudar a los que necesitan y de comprometerse con sus problemas. La verdad se ha fomentado siempre y quien la cultiva es considerada una persona de alta calidad humana y moral. La verdad implica sinceridad. El hablar con la verdad implica a los seres humanos credibilidad y confianza lo que permite ser respetados y reconocidos como personas en las que se puede confiar.

La libertad es uno de los valores más reconocidos y apreciados no sólo como facultad de transitar sin impedimento, sino como el poder para actuar y no actuar, para pensar y expresarse, para decidir qué hacer y cómo hacerlo. Justicia es dar a cada quien lo suyo. Se considera que el trasgresor de la ley es injusto, mientras que quien actúa conforme a la ley es justo. Para que su carácter sea aceptable, deberá respetar a los demás miembros de la sociedad a la que pertenece y acatar las normas de esa comunidad. La justicia es una condición necesaria para que las relaciones humanas se desarrollen armónicamente. Es la virtud entera y perfecta: entera porque comprende a todas las demás virtudes, y perfecta porque el que la posee puede servirse de ella no sólo en relación consigo mismo, sino con los demás.

La Igualdad se refiere a que todos los hombres somos igualmente valiosos e importantes sin tomar en cuenta la raza, el sexo, la posición económica, la religión o la inteligencia. La Igualdad de oportunidades, como para la educación, la vivienda o el empleo, deben distribuirse de modo igualitario entre todas las personas.



### III - CONCLUSIONES

El límite entre una y otra clase de leyes y valores ha variado en la concepción de distintas sociedades y pensadores. Hoy la cuestión del origen social de los valores encierra precisamente este problema. Si los valores tienen un origen social entonces la concepción tradicional pierde todo sentido, pues no habría valores incuestionables, ni naturales, ni revelados. Si en cambio consideramos que algunos valores tienen un origen natural y otros cultural, habremos reproducido la misma estructura argumental tradicional y sólo habremos cambiado la frontera entre lo natural y lo cultural (o revelado, en la medida que es cognoscible o no según ciertas circunstancias, como haber vivido antes o después de Cristo, por ejemplo) y habremos substituido los parámetros que dan contenido a lo cultural (en vez de verdad revelada y cultura, sólo creación social).

Los humanos en su mayoría, a propósito de las etapas del desarrollo ético y moral expuestas en la plancha, según Lawrence Kohlberg, nos quedamos en la segunda, convencional, o aún en la preconvencional y actuamos sólo para ganar premios o evitar castigos, pero no actuamos libres y racionalmente. La Masonería busca la solidaridad de los valores morales, intelectuales, éticos y estéticos para lograr la consistencia armónica de la conducta humana; para ello es nuestra convicción el que logremos superar esas etapas descritas y nos convirtamos así en postconvencionales, es decir en hombres libres, morales, éticos, valóricos, igualitarios, fraternales, tolerantes y solidarios; además personas que valorarán la caridad no como un acto de ostentación o soberbia, sino como dice en el ritual de iniciación, el V.: M.: *“la virtud que racionalmente debe entenderse por la convicción ilustrada y la voluntad decidida de propender a que los hombres vean claro y cumplan con su destino. Además, la caridad debe suministrar al hombre los medios que le faltan para que, a su vez éste, sea útil a sus semejantes; porque así se ejecuta un doble acto de justicia solidaria, porque se beneficia a uno de los hombres beneficiando a todos, y recíprocamente se beneficia a la sociedad, beneficiando a uno de sus miembros.”*

La caridad, es una virtud íntimamente ligada y entrelazada en nuestra institución que nos permite una convivencia social, humana y fraternal. De ahí que "el hermano debe ser y debe estar contento con sí mismo y, esto sólo puede ocurrir cuando se interesa no sólo por sí mismo, sino por el bien de los demás que necesitan de su ayuda, los cuales tienen derecho a recibir". No hay duda que el circular el tronco de los pobres, es una ayuda útil, pero ésta es circunstancial y efímera. Las personas además de las necesidades materiales, tienen necesidad de ser ayudadas en lo espiritual y en lo moral. Hay que practicar la caridad con pensamientos positivos ayudando al hermano a levantarse por sí mismo; practicar la cadena de unión.

En este mundo lleno de dificultades y obstáculos, es normal que todos tengamos pruebas duras en el camino y a veces la debilidad nos oprime. Recordemos, la regla de 24 pulgadas nos enseña que una parte de nuestra jornada debemos dedicarla a "servir al amigo o hermano que esté necesitado", sin detrimento nuestro o de nuestra familia".

Es en este contexto, que los masones debemos transmitir lo aprendido en forma humilde y sabia, sin ostentación, en forma permanente y, en todos los quehaceres de la vida, permitiéndonos ser cada día mejores y además agentes de cambio en la sociedad. Y debemos también socorrer sin arrogancia a nuestros hermanos en lo material e intelectual, asistiendo personalmente frente a problemas que sólo en conjunto pueden solucionarse. Ser masón significa por lo tanto asumir responsabilidades, tales como,

apreciar el valor individual de las personas en virtud de sus cualidades morales haciendo caso omiso a las jerarquías sociales y de fortunas y, a través del trabajo constante se debe desarrollar las potencialidades humanas y practicar la caridad, buscando la verdad y la justicia social.

Salud, Fuerza, Unión.

R.L. Cóndor N° 9, Valle de Santiago, Octubre 2009.

#### IV - BIBLIOGRAFÍA

Mc Dowell y Hostetler, 1996, en Djukich, Ortiz y Méndez, 1999

Toynbee, A., Estudio de la Historia, Editorial Alianza, 1970

Dumezil, G., Los dioses soberanos de los indoeuropeos, Editorial Herder, S.A., 1999

Fustel de Coulanges, La ciudad antigua, múltiples ediciones

Foucault, M., historia de la sexualidad, Siglo XXI Editores, 1976

Veyne P., La sociedad romana, Madrid, 1990

Grimal, P., El Amor en la antigua Roma, Barcelona, 2000

Grimal, La vida en la Roma antigua, Barcelona, 2000

Monde Diplomatique. 2009. Una nueva manera de vivir "El Decrecimiento" Hacia una sociedad ahorrativa, ecológica y solidaria. Ed. Aún creemos en los sueños: 61 p.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993. Población Equidad y transformación productiva.

Carmen Miró. 2009. La demografía en el siglo XXI en América Latina.

Le Monde Diplomatique. Número 22 Año 2. Ed. Aún creemos en los sueños. 4p.

El país de las sombras largas, Ruesch, Hans, Ediciones del Viento, S.L.